



TIEMPO DE MEMORIA

Charlotte von Mahlsdorf

**YO SOY
MI PROPIA MUJER**

Una vida

TUSQUETS
EDITORES

CHARLOTTE VON MAHLSDORF
YO SOY MI PROPIA MUJER
Una vida

Traducción del alemán de Teófilo de Lozoya

Ensayo fotográfico de Burkhard Peter

Título original: *Ich bin meine eigene Frau*

1.ª edición en colección Andanzas: noviembre de 1994

1.ª edición en esta presentación: septiembre de 2023

© 1992 Edition día, St. Gallen / Berlín / São Paulo

El frontispicio y las fotografías 2, 4, 11 y 17 pertenecen a Charlotte von Mahlsdorf

© de la traducción: Teófilo de Lozoya, 1994

© de las fotografías: Burkhard Peter

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-332-5

Depósito legal: B. 13.449-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Los treinta cabezas rapadas vinieron hasta Mahlsdorf provistos de barras de hierro, pistolas de gas, munición trazadora y estacas.

Yo observaba el jardín desde la ventana de mi museo de la *Gründerzeit*.^{*} En las cuerdas de tender la ropa temblaban al viento lunas de papel recortado. Los aproximadamente ochenta invitados que aún quedaban estaban celebrando una desenfadada y armónica fiesta de primavera: la imitadora de Tina Turner ya se había quitado el maquillaje; la muchacha que había bailado la danza del vientre había dejado de contonearse delante de los invitados y departía tranquilamente con ellos apoyada en la barra del bar; algunos hacían salchichas a la plancha, y en general gays y lesbianas bailaban entre sí; la luna brillaba entre los árboles del parque como en una postal cursi.

«Ya no te queda más que apagar la luz y echar una miradita afuera», pensé. Mi ayudante Beate y yo habíamos pasado la tarde de aquel día de mayo de 1991 enseñando el museo a nuestros invitados, venidos de todas partes, al ritmo de media hora por cada grupo.

^{*} Se llama *Gründerzeit* o *Gründerjahre*, «época o años de los fundadores», al periodo de la historia de Alemania correspondiente al último tercio del siglo XIX —es decir, los años inmediatamente posteriores a 1871—, durante el cual, a impulsos del fuerte crecimiento económico, se fundaron numerosas empresas e industrias, y se llevó a cabo una intensa actividad constructiva caracterizada por la imitación de los estilos arquitectónicos del pasado. (*N. del T.*)

Casi no había tenido tiempo de apagar la última lámpara cuando escuché ese ruido, ese estrépito, que desde hace cincuenta y cuatro años me produce verdadera alergia: el estallido de cristales rotos. De pronto se precipitó en el museo un chico pálido como un cadáver:

—¡Llama a la policía!

Los neonazis arreaban sin orden ni concierto a los invitados con sus estacas. Todo ocurrió con una rapidez vertiginosa. Uno de los más aguerridos disparó a quemarropa a mi segunda ayudante, Silvia, un tiro en la cara con un lanzabengalas, que casi le dio en el ojo. A una chica de Múnich, en cambio, la acertó de lleno: le produjo una grave lesión en la retina. A otra muchacha de dieciocho años le partieron una estaca en la cabeza.

Los gritos y los gemidos se confundían con el estrépito producido al venirse abajo los puestos de información instalados por el frente de homosexuales del Berlín oriental y el equipo de música, sobre los cuales descargaba sus golpes a diestro y siniestro aquella hueste de bárbaros.

Vestidos con sus típicas cazadoras de piloto se lanzaron sobre la pista de baile. En medio de la misma, igual que un faro, se erguía un travestido con su vestidito de vuelo y una enorme pamelita roja. Aunque su intención era darle una paliza, se acobardaron al ver que mientras tanto también él se había provisto de una estaca y, envuelto en la deslumbrante luz de un foco, se enfrentaba a la jauría gritando:

—¿Por qué sois tan animales?

Repitió por dos veces la pregunta y ellos se quedaron inmóviles, mirándose desconcertados unos a otros.

—¡Que llega la poli! —gritó alguien.

Los neonazis echaron a correr a la desbandada como un rebaño en estampida. Aún tuvieron tiempo de disparar algunas bengalas contra el patio trasero de al lado, prendiendo fuego a miles de toneladas de papel usado. Gritos, carreras, los bomberos que acudían con una patrulla de cincuenta hombres a apagar el fuego, gente que llevaba al hospital a los heridos: un auténtico caos.

Yo salí corriendo de casa con un azadón de hierro en la mano. Silvia y Beate vinieron a mi encuentro y me contaron que ya había pasado todo. Me sujetaron y me arrastraron de nuevo hacia la casa. Sabían que, de haber caído alguno en mis manos, la habría emprendido a golpes con él sin atender a las consecuencias.

Una hora más tarde salí a dar una vuelta por el jardín con mi linterna y vi los tenderetes arruinados, los cascos de botellas, el tocadiscos destrozado y el amplificador hecho añicos. Mientras barría y retiraba del sendero los cristales rotos de la puerta del sótano, pensé: «¡Qué escenas más parecidas!».

Pasaba yo en el tranvía por Mahlsdorf-Sur en dirección a Köpenick, cuando miré por la ventanilla: la tienda de comestibles Egona había sido destrozada, igual que el establecimiento de jabones Wasservogel, negocios ambos de familias judías; lo mismo ocurría en los almacenes Cohn de Köpenick, en cuyo escaparate no quedaba ni un solo cristal intacto. El tranvía se detuvo en el casco antiguo, justo enfrente de una tienda de telas. Su joven propietaria, hecha un mar de lágrimas, barría los restos de sus bienes. A su lado se habían plantado tres individuos de las SA con las piernas abiertas:

—¡Judía asquerosa, ahora vas a saber lo que es trabajar!

Sentí tal cólera, que hube de agarrarme a una de las barras del vehículo. Entretanto los energúmenos se pusieron a dar patadas en los costados a la pobre mujer, que cayó al suelo en medio de los cristales rotos. El tranvía reanudó la marcha. Al volver de la escuela, todas las tiendas tenían tablas clavadas en sus puertas. Era la mañana del 10 de noviembre de 1938.

Una vez en casa, la criada nos contó cómo los nazis habían descargado su cólera sobre las demás tiendas de los judíos:

—¡Vamos, señor Brauner —dijo a mi tío abuelo con la voz temblándole de indignación—, es que no puede usted imaginarse cómo dejaron las tiendas de Tietz, de Wertheim y de Brandmann! En la de Brandmann han arrojado a la calle por el escaparate todos los relojes de pie que había. Y los de las SA se

han subido a las vitrinas con botas y todo y se han puesto a tirar las pesas, con lo que debían de pesar, contra las esferas de los relojes, y se han llenado los bolsillos de oro y de joyas. ¡Vamos, un crimen!

¿Sería verdad? ¿El establecimiento de Brandmann, conocido en todo Berlín, cuyos anuncios escuchaba yo en la radio con tanto gusto, destrozado? «¡Bim, bam!», se oía, y luego venía el anuncio de los relojes de pie Brandmann, en la Münzstrasse. ¡Cuántas veces pasábamos mi tío abuelo y yo por delante del escaparate, y qué feliz me sentía al ver aquellos relojes tan hermosos en los aparadores!

—Emmi, guárdese esos comentarios para usted sola —balbuceó mi tío abuelo automáticamente—. Tenemos que ser muy prudentes. Sabe Dios lo que puede pasar todavía.

En efecto, sabias palabras las de mi tío abuelo, a quien tanto tengo que agradecer.

Allí, en Mahlsdorf, un pueblecillo perdido a las afueras de Berlín, situado al este de la ciudad, había venido al mundo yo diez años antes, el sábado 18 de marzo de 1928. Yo, Lothar Berfelde.

*

Los Berfelde proceden de la más rancia nobleza de la Marca de Brandeburgo, y aparecen mencionados por vez primera en una crónica de 1285. Fundaron por entonces la aldea de Berfelde, hoy Beerfelde, junto a Fürstenwalde. A lo largo de los siglos ha cambiado varias veces la manera de escribir nuestro apellido, que ha pasado de Berfelde a Beerfelde y Bärfelde, o incluso a Baerfelde, Berfeldt y Beerfeldt. Nuestras armas, en cambio —un escudo partido, con una estrella sobre campo de azur y otra sobre campo plateado—, no cambiaron nunca.

Mi rama procede de una unión morganática: uno de mis antepasados, oficial del ejército prusiano, se casó a mediados del siglo XVIII con la hija de un pescador, gesto de todo punto im-

procedente para las costumbres de la época. Seguimos utilizando nuestros blasones en calidad de nobles «venidos a menos», aunque perdimos el «Von».

Los descendientes de aquellos Von Beerfelde, la rama noble de la familia, con la cual sigo emparentado por varios conductos, poseyeron hasta 1907 el castillo y mayorazgo de Zuchen bei Zanow, situado en Pomerania, cerca de Köslin.

La cabeza de esta familia, Bertha von Beerfelde, madre de nueve hijos, tuvo que bregar mucho a lo largo de su vida. Por lo pronto, su marido, el capitán de caballería Rudolf von Beerfelde, se cayó del caballo durante unas maniobras —perteneecía a los dragones de Schwedt—, y fue pisoteado por su montura. Más tarde, tras el incendio que se produjo en 1905, desgracia a la que vinieron a sumarse al año siguiente la muerte de todo su ganado y una pésima cosecha, Bertha von Beerfelde tomó la decisión de vender la finca y repartir el producto de la transacción entre sus nueve hijos. El comprador, que era el propietario del molino de Zanow, se presentó con el dinero en efectivo, a saber, dos millones y medio de marcos oro. Madre, hijos, comprador y el criado que llevaba el dinero tomaron asiento en el salón de baile del castillo. También fue convidado el guarda-bosque, que acudió con la escopeta cargada al hombro por si ocurría algo extraño.

Cada uno de los hijos recibió doscientos cincuenta mil marcos oro, contantes y sonantes, repartidos por el tesorero, lo mismo que su madre. A continuación, esta se levantó y dijo a su prole en tono admonitorio:

—¡Ahora, sed parcós y sacad provecho de lo que se os ha dado!

Uno de sus hijos, pariente lejano mío, el tío Hans-Georg von Beerfelde, capitán del regimiento Alexander y oficial del ejército prusiano, empezó siendo un nacionalista ferviente y, lleno de entusiasmo por su emperador, combatió en la Primera Guerra Mundial. Valeroso y amante de la verdad hasta el fanatismo, al cabo de pocos años se le abrieron los ojos, sobre todo al ver

que los nuevos amos de la situación, Hindenburg, el «héroe de Tannenberg», y el primer jefe del Estado Mayor, Ludendorff —que era quien realmente manejaba las riendas del poder—, se hacían cargo de la dirección de aquella guerra cada vez más insensata.

—Poner en un sector del frente, en el que incluso a un soldado con experiencia le resultaría difícil combatir, a un montón de criaturas y estudiantes que solo han recibido tres semanas de instrucción dista mucho de ser aconsejable.

Frunciendo el entrecejo, el emperador escrutó fríamente a mi tío y torció la boca; dirigió una mirada furibunda a aquel osado que en plena conferencia con el Estado Mayor interino se había atrevido a formular una crítica.

Tras la batalla de Langemarck, en la cual fue segada buena parte de la juventud alemana —según informan testigos oculares, en el campo de batalla resonaban los gritos de los muchachos llamando a su padre y a su madre—, el capitán Beerfelde pidió ser recibido por el jefe supremo del ejército. El servicio de antecámara recaía aquel día en el coronel conde Von Plüskow, que lo saludó tímidamente:

—Hoy no está Su Majestad de muy buen humor. Espero que no sea desagradable lo que tenga que comunicarle.

—No será más que la verdad —repuso mi tío significativamente.

Cuando se le concedió audiencia, Su Majestad estaba sentado ante un escritorio decorado con herrajes de bronce. Extendió la mano y preguntó:

—¿Y qué, mi querido Beerfelde, qué tiene que decirme?

Mi tío no tenía la menor intención de seguir el lema habitual en el trato con el emperador y decir: «Su Majestad debiera tomar más el sol».

—¡Majestad —exclamó—, esto ya no es una guerra, es un crimen!

El emperador se puso rojo de ira. Nadie se había atrevido nunca a hablarle en semejantes términos.

—Beerfelde, ¿cómo puede decir una cosa así un oficial prusiano?

Mi tío, sin embargo, no se dejó intimidar. El altercado iba tomando un cariz tan violento y las voces del emperador y el capitán iban subiendo tanto de tono, que Plüskow, que se hallaba de pie junto a la puerta, se puso blanco.

Mi tío se arrancó las charreteras de oficial que adornaban las hombreras de su casaca y las arrojó a los pies de Guillermo II:

—Desde hoy dejo de ser oficial.

—¡Eso es deserción! —resolló el emperador.

Mi tío lo dejó plantado allí mismo y salió dando un portazo. El bueno de Plüskow, que siempre había sentido afecto por mi tío, se lo quedó mirando con una expresión en la que se mezclaban el pavor y la compasión:

—Tendré que ordenar que lo detengan. Y la deserción supone consejo de guerra y pena capital.

—En aquel momento el pobre anciano me dio verdadera lástima —contaría después mi tío, como si aún no entendiera el peligro que había corrido.

Unas semanas después del altercado entre el emperador y el capitán, se presentó Plüskow en la prisión militar de la Lehrter Strasse, en Berlín, y comunicó a mi tío, a la sazón allí bajo arresto, que el emperador se mostraba dispuesto a olvidarlo todo si él, Beerfelde, se disculpaba oficialmente. Guillermo II no deseaba dramatizar el asunto y con ello perder a uno de sus mejores oficiales.

—Si alguien tiene que disculparse, es el emperador y no yo —fue la respuesta obtenida—. Lo que dije era la pura verdad, y a ella me atengo. Y por ello estoy dispuesto a ir a la muerte.

Beerfelde aprovechó el tiempo que estuvo preso para redactar un panfleto titulado: «¡Michel, despierta!», que constituyó un escándalo. Basándose en las informaciones del príncipe Lichnowsky, anterior embajador alemán en Londres, ponía de manifiesto las falsedades contenidas en el Libro Blanco alemán de 1914, que presentaba con tintes sumamente favorables para Alemania las causas que desencadenaron la Primera Guerra Mundial. Según esta obra, el imperio alemán, rodeado de enemigos por todas partes, se habría visto impelido a la guerra.

Solo la revolución de noviembre de 1918 impidió que mi

tío fuera sometido a consejo de guerra. Los obreros entraron en la prisión militar y sacaron a hombros a Beerfelde hasta la puerta de la cárcel. Se hizo miembro del comité revolucionario y pronunció ardorosos discursos en el circo Busch, donde Friedrich Ebert, con más desgana que entusiasmo, fue elegido por obreros y soldados presidente del Consejo de Diputados del Pueblo.

Con su elevada estatura y sus ojos penetrantes bajo las hirsutas cejas, mi tío irradiaba la fuerza de un gurú. Como en todo precursor, había en él algo de fanático. Llegó incluso, sin ulteriores explicaciones, a meter en la cárcel al ministro de la Guerra Scheuch. Beerfelde sostenía la tesis de que, una vez acabada la guerra, no hacía ninguna falta un ministro de la Guerra. Ante semejante arbitrariedad fue excluido del comité revolucionario: una revolución alemana tenía que seguir unos cauces determinados.

Mi tío se retiró a su casa, donde pergeñó e imprimió una tarjeta postal con la poesía titulada: «Padrenuestro de la revolución». La primera de estas postales se la remitió al emperador destronado, al castillo de Amerongen, en Holanda. Naturalmente no obtuvo respuesta.

Redactor, tipógrafo e impresor, todo en uno, produjo su propio periódico revolucionario, titulado *La antorcha roja*. El mismo se lo llevaba en bicicleta a las vendedoras de periódicos, que tenían derecho a embolsarse los cinco pfennige que costaba. En último término, el mensaje de su publicación venía a ser el siguiente: Cristo había sido el primer comunista. Mi tío opinaba que las ideas socialistas debían conciliarse con el cristianismo.

De esa forma, y con los tiempos que corrían, no acababa de encajar en ninguna parte: por un lado, pese a ser cristiano creyente, se enemistó con la Iglesia oficial, para la cual resultaban sospechosas sus ideas «rojas», y por otro se atrajo la antipatía de los socialistas, que lo consideraban demasiado beato.

Entre la nobleza se le llamaba únicamente «el rojo de Beerfelde» o «el capitán rojo». Correligionarios y amigos suyos fueron Helmut von Gerlach y el escritor Ludwig Renn, que en

realidad se llamaba barón Arnold Vieth von Golssenau y que en su libro *Nobleza en el ocaso* había expresado su rotundo rechazo al estamento aristocrático al que por su sangre azul pertenecía.

Cuando los nazis usurparon el poder y quedó patente que Alemania iba a ser militarizada de nuevo, mi tío, llevado cada vez más de su afán ingenuo por mejorar el mundo, escribió al Führer en los siguientes términos: «Si hace que se restablezca el servicio militar obligatorio, cometerá usted un crimen contra el pueblo alemán después de la terrible guerra que hemos padecido». La respuesta de Berlín no se hizo esperar mucho. O dejaba de escribir esas «sandeces» o sería liquidado, decían los nazis en tono amenazador con mucho circunloquio, pero con toda claridad.

Una mañana del año 1935, la Gestapo penetró violentamente en su casa de Lindau, junto al lago Constanza, y se lo llevaron a Múnich para prestar declaración. Los de las SS lo maltrataron y pegaron hasta hacerle perder el conocimiento. Cuando se despertó, estaba en un barracón del campo de concentración de Dachau. Su liberación al cabo de cuatro años de confinamiento quizá se debiera únicamente a su fama internacional y al hecho de que los nazis lo consideraban a fin de cuentas un loco completamente inocuo.

Mientras tanto, se había convertido en pacifista radical y, al acabar la guerra, fundó la «Oficina en defensa de la paz, la amistad y el buen entendimiento de los pueblos», y envió cartas a Roosevelt, Truman, Churchill, De Gaulle y Stalin.

Cuando conocí al tío Hans-Georg, durante la posguerra, me percaté enseguida de la afinidad espiritual que nos unía. Su coraje y amor por la verdad me impresionaron grandemente cuando me contó la historia de su vida. De sus maneras bruscas —en una ocasión llegó a amenazarme con el bastón porque había llegado a la cita con cinco minutos de retraso—, no he heredado nada, desde luego, o al menos casi nada. En el fondo el que me daba envidia era su hermano Curt, cuyos rasgos de-

licados y femeninos hacían de él el vivo retrato de su madre. Era oficial... y soltero.

*

Mi madre hizo en mi vida el papel de hada buena. Era cariñosa, culta y una mujer de principios. Si alguien faltaba a ellos, no podía aguantarlo y daba una palmada en la mesa. Durante la época nazi nunca participó en los plebiscitos y elecciones, cuyos resultados ya se sabían de antemano. Semejante actitud no dejaba de resultar peligrosa, pero a ella no le preocupaba lo más mínimo.

Nuestra relación psicoespiritual fue siempre muy intensa, desde el día en que me leyó el primer cuento antes de dormir hasta el momento mismo de su muerte, acaecida en 1991. Mi madre poseía ese don del que carecen hoy día tantas personas, un sentido innato del tacto, actitud que yo notaba en cada uno de los poros de mi piel. Pensándolo bien, soy su vivo retrato.

—¿Sabes una cosa, mami? —le dije un día, cuando tenía ya veinte años—. En realidad yo soy tu hija mayor.

Al principio lo tomó a guasa:

—¡Anda, no digas disparates!

A continuación le leí unos cuantos pasajes de un libro del doctor Magnus Hirschfeld, el famoso erudito que allá por los años veinte fundó el primer instituto de sexología de Berlín. Cuando se dio cuenta de que por naturaleza me sentía mujer, comentó:

—Mira, a mí, como verdadera mujer que soy, me resulta un poco difícil de entender, pero si así eres feliz, eso es lo fundamental.

Ya de pequeño me encantaban sus vestidos, que yo encontraba preciosos. Cuando salía, solía ponerse el traje de noche azul ultramar, y yo me imaginaba lo guapa que resultaría en un sarao, a la luz de una bonita lámpara de brazos. Nunca se maquillaba, a lo sumo se empolvaba la nariz; todo en ella respira-

ba una modestia y solidez burguesas, como el sencillo collar que se ponía en las grandes ocasiones.

Nació en 1902, en el seno de una familia de comerciantes de Markgröningen, cerca de Ludwigsburg; se llamaba Gretchen, y su apellido de soltera era Gaupp. Al morir su padre cuando ella solo tenía dos meses, su madre se trasladó a Cannstatt, cerca de Stuttgart, a casa de su hermano, Josef Brauner, que trabajaba como ingeniero de automóviles con Gottlieb Daimler. Bajo la dirección técnica de Wilhelm Maybach, mi tío abuelo diseñó y construyó en 1899 un motor, un chasis y una carrocería que, una vez montados, recibieron el nombre —hoy mundialmente famoso— de la hija del cónsul Jellinek: Mercedes.

El día de su bautizo, en 1902, mi madre fue a la iglesia en un automóvil de la casa Daimler, circunstancia que en una ciudad tan pequeña como Markgröningen produjo, como es natural, una sensación enorme. En la cabeza de la gente no cabía sencillamente la idea de que pudiera haber un coche sin caballos. Cuando vieron cruzar por la calle mayor de Markgröningen aquel estrepitoso armatoste motorizado, hubo muchos que echaron a correr por las callejas laterales gritando:

—¡Que viene el diablo! ¡Que viene el diablo en un carro!

Más tarde mi madre fue al liceo y recibió —como dice esa expresión tan bonita— la educación de una niña bien. En 1923 se vino a Mahlsdorf a vivir con mi abuela, mi tío abuelo y las hermanas de este, todos en la misma casa. Tenía la idea de independizarse, cosa que para una mujer sin problemas económicos —mi tío abuelo estaba, en efecto, muy bien situado— resultaba completamente insólita. Solo las muchachas pobres iban a trabajar. La intención de mi madre era estudiar estenografía y colocarse de secretaria en casa de algún jurista. Cuando se presentó con esta pretensión en el despacho de un abogado, este le preguntó:

—Pero, señorita Gaupp, ¿por qué quiere quitarle usted el puesto a una chica que no tiene otros medios de vida? Total, a usted no le hace falta trabajar.

Y mi madre acabó por darle la razón después de pensárselo un rato:

—Sí, ¿por qué no dejar este trabajo a una muchacha que necesite el sueldo más que yo?

Hoy día la gente se echaría las manos a la cabeza, pero así eran las cosas por entonces.

Mi tío abuelo procedía de Lettowitz bei Brünn. Su familia había fundado a mediados del siglo XIX una fábrica de encajes y cortinas. Su padre era maestro calcetero y se había especializado en la manufactura de puntillas y cortinajes, labor que, dado el escaso progreso alcanzado entonces por la industrialización, realizaba enteramente con máquinas de madera. El negocio empezó a prosperar y pudo así ir a Inglaterra y comprar maquinaria de acero, que hizo transportar hasta su ciudad cruzando el Canal en un vapor de dos ruedas. Sin embargo, en 1866 su fortuna tuvo un final inesperado. La fábrica fue destruida por un incendio y en aquellos tiempos no se conocían los seguros contra esa clase de imprevistos. La familia fue a parar de momento a Viena, pero, al morir su padre, mi tío abuelo hubo de hacerse cargo de sus tres hermanas y al poco tiempo se trasladó a Alemania, entrando a trabajar con Daimler en 1895. En 1908 marchó a Berlín y empezó a trabajar en la compañía Bergmann desarrollando el automóvil impulsado por electromotor.

De apariencia conservadora, no podía ocultar su ascendencia bohemia, y nunca quiso tener nada que ver con el nacionalismo, sobre todo en su versión más perversa, el nazismo. Dotado de una buena cultura humanística, hablaba griego, latín y francés, pero además era un excelente matemático. Y pese a dedicarse a la construcción de automóviles totalmente modernos y de estar convencido de la bondad del progreso, sus ideas, sentimientos y aspecto externo fueron siempre los de un hombre del siglo XIX. Todavía lo estoy viendo con su traje de rayitas, ya por entonces pasado de moda, su chaleco, su reloj de bolsillo con su cadena de oro, su corbata con alfiler, sus puños y cuello duro, sus cabellos cortados a cepillo y sus quevedos, a través de los cuales sus bondadosos ojos grises me observaban con aire meditabundo.

A los veinticinco años a lo sumo, una mujer debía por entonces haber contraído ya matrimonio; a los treinta era consi-

derada toda «una solterona». En 1927 mi tío abuelo decidió poner un anuncio para buscarle marido a mi madre.

Dado su absoluto candor, nunca habría sido capaz de encontrar el hombre «adecuado» para ella. Escoger en su empresa de construcciones a un ingeniero joven atendiendo a sus capacidades habría sido para él un juego de niños; pero para evaluar el carácter de un candidato a marido le faltaba malicia. En cualquier individuo veía siempre en primer lugar el lado bueno, peligro en el que yo también incurro constantemente. «¡Ah, pero la situación es muy distinta!», tal como Brecht hace cantar a Peachum en *La ópera de cuatro cuartos*.

Fueron varios los «pretendientes» que respondieron al anuncio, y a mi tío abuelo le tocó tomar la decisión. Naturalmente no fue la acertada.

Después de contraer matrimonio, mis padres se instalaron en el piso superior de la quinta. Su matrimonio fue sumamente desgraciado, pues mi padre era amigo de echar mano a la fusta a las primeras de cambio y se caracterizaba por su militarismo brutal. A los seis meses de la boda, mamá ya quería divorciarse. Solo por eso mi padre la habría acribillado a balazos.

Sucedió algo espantoso: mi madre no se atrevía a decirle a la cara a mi padre lo de la separación, pues temía —y con toda razón— que la maltratara otra vez. Mi tío abuelo escribió a mi padre una carta fechada el 2 de noviembre de 1927, en la cual le comunicaba en tono cortés, pero resuelto, que mi madre deseaba el divorcio y que por tanto él debía desalojar la casa.

Esa noche, cuando regresó del trabajo y leyó la carta —mientras tanto mamá se había quedado prudentemente en el piso de mi tío abuelo—, mi padre se precipitó escaleras abajo, se puso a dar voces, arrojó la carta a los pies de mi tío y se fue otra vez para arriba hecho una furia. Dio tal portazo al salir, que las vidrieras de la entrada saltaron hechas añicos. Al cabo de unos instantes bajó de nuevo precipitadamente, pero esta vez con una pistola. Gritó a mi madre, que estaba en la cocina:

—Como te divorcies, te pego un tiro.

Realmente puede resultar increíble, pero es cierto que la apuntó con el arma, y de no haber sido por mi tío abuelo, que

le dio un empujón y le obligó a levantar el brazo, hoy día yo no estaría aquí, desde luego. La bala todavía sigue empotrada en el techo de mi casa natal.

*

Ya en mi infancia mi padre me parecía un monstruo, aunque desde mi camita de niño no pudiera saber la violencia que usaba con mi madre. Sin embargo, hasta una criatura posee ciertos instintos; recuerdo que en una ocasión llegó a propinarme una paliza tremenda por no sé qué nadería, y que mientras tanto lanzaba gritos en tono cuartelero. Mis lágrimas supusieron doble ración de palos, y que él se pusiera a vociferar:

—¡Los chicos no lloran!

Ese era mi padre, Max Berfelde.

Nacido en 1888 en Frankfurt del Óder, aproximadamente un siglo después de aquel desacertado entroncamiento con la hija del pescador, él también era hijo de un maestro pescador y pertenecía a la rama de Lossow de nuestro linaje. Durante la Primera Guerra Mundial intentó emular a la rama noble de la familia, la de Sommerfeld, a la que pertenecía aquel tío lejano mío, Hans-Georg von Beerfelde, y se hizo soldado. Al término de la contienda se puso a trabajar como empleado de comercio en una afamada empresa de la compañía de nitrógenos. Estando en ella se produjo un caso que ilustra perfectamente el carácter colérico de mi padre: resulta que un día tuvo una agarrada con un colega suyo amabilísimo —así al menos lo describía mi madre—, y cogiéndolo por los hombros lo empujó contra la gruesa cristalera del despacho, que estalló a raíz del impacto. Una parte de las vergas se vino abajo junto con los cristales al romperse y se hizo añicos en la acera de la calle. La masilla no pudo aguantar el peso del cristal de encima, que se deslizó hacia abajo aprisionando al pobre hombre. Tres cuartas partes de su cuerpo quedaron suspendidas en el vacío, y las oficinas se hallaban en un cuarto piso. Rápidamen-

te acudieron los bomberos, que hubieron de extender una lona de salvamento en la calle, mientras otros intentaban tirar del desgraciado, hasta conseguir liberarlo. Mi padre recibió una seria amonestación y fue trasladado a otra sección.

Daba la sensación de que no tenía historia. De sus parientes más cercanos no había el menor rastro: ni fotos, ni cartas, ni dibujos. Era un hombre sin pasado o, mejor dicho, un hombre que había suprimido su pasado porque le corroía el alma. Solo una vez, en un raptó de sinceridad, estando en Motzen, me habló de sus padres. Su madre debió de ser a todas luces un demonio con trazas de persona. Un día salió con un hacha en la mano detrás de un aprendiz que, al parecer, había cometido un fallo, blandiendo en alto el arma cual si fuera una diosa de la venganza. El golfillo, que no pasaba de los catorce años, se arrojó al Óder presa del pánico. Ella, fuera de sí al no saber nadar, no tuvo más remedio que quedarse en la última tabla del embarcadero pateando de rabia, y, ni corta ni perezosa, lanzó el hacha contra el muchacho. A punto estuvo de dar en el blanco. Su marido, el maestro pescador Wilhelm Berfelde, era, por el contrario, un tipo tranquilo y pensativo. Si no estaba de Dios que fuera feliz en casa, no tenía más que salir con su barca por el río y en la naturaleza hallaba siempre un remanso de paz.

Mi padre entró en la Primera Guerra Mundial como soldado raso, pero su ambición le llevaba a soñar con hacer la carrera militar como suboficial. Lo cierto, sin embargo, es que al finalizar la guerra seguía siendo soldado raso, y yo supongo que aquello fue el gran fracaso de su vida. No pudiendo dar órdenes a nadie en la plaza de armas, hizo de nuestra casa un campo de instrucción. Nosotros éramos los reclutas a los que podía maltratar a su antojo. El tono que empleaba en todo momento lo había tomado de la milicia:

—¡Aquí mando yo! —decía, y sus ojos, situados demasiado cerca uno de otro (no recuerdo de qué color eran, pues nunca me gustó mirarle a la cara), echaban llamas, como en un raptó de locura.

Siendo aún muy pequeño, yo me preguntaba cómo podría mi madre aguantarlo a su lado. De niño no sabes que con el tiempo te vuelves más fuerte y eres capaz de hacer cualquier cosa.

Los ruidos que llegaban al piso de abajo desde el primero quedaron grabados en mi mente de manera indeleble: las voces de mi padre, que parecían ladridos; el estrépito de las sillas de roble al caer, cuando perseguía a mi madre por la habitación tirándole lo primero que pillaba; el ruido sordo que se escuchaba cuando al fin la cogía y la emprendía a golpes con ella.

Muchas veces me asombro, al recordar mi infancia, de no haberme quedado completamente lelo: tantas fueron las veces que descargó mi padre sus enormes manazas sobre mí.

Ya a finales de los años veinte se adhirió al partido nacionalsocialista y con frecuencia se declaraba en tono jactancioso «luchador de la vieja guardia». A raíz de la «toma del poder» por parte de los nazis, llegó a ser dirigente político de Mahlsdorf..., hasta que probablemente sus propios correligionarios se hartaron de su conducta indómita y colérica y lo relevaron del cargo.

Desde mi más tierna infancia hube de soportar su manía de educarme como a un «joven luchador». Esta manía llegaba incluso al absurdo de intentar modificar mi aspecto externo: basaba, por ejemplo, que lloviera un poco y el cabello se me rizaría formando pequeños caracolillos, para que me ordenara meter la cabeza en agua fría y peinármelo completamente pegado al cráneo. Debía llevar el pelo corto y con raya, al estilo militar.

Yo, sin embargo, de «joven luchador» no tenía nada; ni siquiera me sentía niño. ¡Qué va! Yo era una niña. Recuerdo un gran sarao al que asistieron damas y caballeros de alto rango. Las señoras distinguidas se habían arreglado por todo lo alto y lucían collares, cadenas y pulseras. Yo estaba sentado en el regazo de una parienta lejana nuestra —solía llamarla tía Anni— y admiraba su vestido y sus joyas. «Soy una niña», me decía a mí mismo, «y cuando sea mayor pienso parecerme a estas señoras y moverme igualito que ellas.»